

## Actividad 3

### Círculo lector sobre efecto estético

#### PROPÓSITO

Se espera que los estudiantes dialoguen en torno al cuento *No oyes ladrar los perros* del escritor mexicano Juan Rulfo (1918- 1986) y centren la discusión en el efecto estético que genera en cada uno de ellos, identificando cómo la obra se relaciona con sus experiencias y qué recursos utilizó el autor para provocar ese efecto.

#### OBJETIVOS DE APRENDIZAJE

**OA 2:** Reflexionar sobre el efecto estético de las obras leídas, evaluando:

- Cómo la obra dialoga con las experiencias personales del lector y sus puntos de vista sobre diversas problemáticas del ser humano (afectos, dilemas éticos, conflictos, etc.).
- Cómo los recursos y técnicas literarias de la obra inciden en el efecto estético producido.

**OA 8:** Dialogar argumentativamente, evitando descalificaciones o prejuicios, para construir y ampliar ideas en torno a interpretaciones literarias y análisis crítico de textos:

- Explicando sus criterios de análisis o interpretación, razonamientos y conclusiones.
- Usando evidencia disponible para fundamentar posturas y reflexiones.
- Evaluando el razonamiento de otros (sus premisas, relaciones entre ideas, elecciones de palabras y énfasis).
- Incorporando las posiciones de sus pares para ampliarlas o refutarlas.

#### ACTITUD

Pensar con flexibilidad para reelaborar las propias ideas, puntos de vistas y creencias.

#### DURACIÓN

6 horas

#### DESARROLLO

El docente presenta brevemente al autor del cuento, Juan Rulfo. Luego “orquestará” (Revisar el concepto en Orientaciones al docente) la lectura plenaria oral del cuento *No oyes ladrar a los perros*. Es importante que cada alumno cuente con un ejemplar del relato.

Conexión interdisciplinar:  
Artes Visuales OA 5

Antes de que empiecen a leer, se sugiere que trabajen el vocabulario de las palabras subrayadas en el texto para que la lectura sea más fluida. Se puede asignar una palabra diferente a cada alumno y

solicitar que comparta con el curso la acepción para el contexto del relato; tienen que dar una definición, explicación o sinónimo conocido y lo anotan en su copia sobre la palabra o como nota al pie.

Se propone Las siguientes orientaciones para que el profesor orqueste la lectura en voz alta, por párrafos.

EJEMPLO DE FRAGMENTO DE TEXTO	ORIENTACIONES PARA EL DOCENTE
<p>—Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.          —No se ve nada.          —Ya debemos estar cerca.          —Sí, pero no se oye nada.          —Mira bien.          —No se ve nada.          —Pobre de ti, Ignacio.          La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.          La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.          —Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros.          Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.          —Sí, pero no veo rastro de nada.          —Me estoy cansando.          —Bájame.</p>	<p>1) Los estudiantes resumen lo leído y explicitan personajes, acción y ambiente.</p> <p>Personajes:          - Ignacio y otro hombre.</p> <p>Acciones:          - Un hombre camina con Ignacio sobre sus hombros, buscan un pueblo.</p> <p>Ambiente:          - Espacio abierto, nocturno, orillas de un arroyo.</p>
<p>El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.</p>	<p>2) El profesor les pide que lean con un <i>foco</i> o propósito; por ejemplo: distinguir el discurso del hombre de las intervenciones de Ignacio. ¿Qué tipo de relación existe entre ambos personajes?</p>
<p>[Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja. Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello, le preguntaba.]</p>	<p>3) Les solicita que pongan corchetes al fragmento y que elaboren una lectura detallada para parafrasear su contenido.</p>
<p>—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. <u>Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.</u></p>	<p>4) Puede proponer una pregunta de reflexión: ¿Qué nos dice acerca del personaje la expresión subrayada?</p>

Al terminar la lectura orquestada, el profesor guía a los jóvenes para que analicen la estructura interna del cuento, identifiquen a los personajes y la secuencia de hechos relevantes que explican el conflicto entre padre e hijo, y otros recursos literarios presentes en el relato que le otorgan fuerza expresiva.

Por ejemplo: en cuanto a las figuras retóricas, hay una comparación que entrega información sobre el ambiente de manera sintética. “La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda”. La comparación nos sitúa de inmediato en la noche, en un espacio abierto y cálido.

Otro aspecto relevante es reconocer cuál es la voz predominante y qué dice cada personaje, ya que, a pesar de estar planteado como diálogo, no conocemos la voz del hijo, salvo por frases cortas que sólo informan de su situación de hombre enfermo.

*“No veo nada”. “Tengo sed”. “Dame agua”.*

A continuación, los jóvenes se reúnen en parejas para escribir su comentario, incorporando el análisis del cuento y su experiencia de lectura. El objetivo es que asuman una postura; luego intercambian los textos con otra pareja y así reciben retroalimentación para mejorar la redacción y profundizar el vínculo entre el efecto estético y los recursos que utilizó el autor para generar ese efecto.

Algunas preguntas que pueden complementar este análisis:

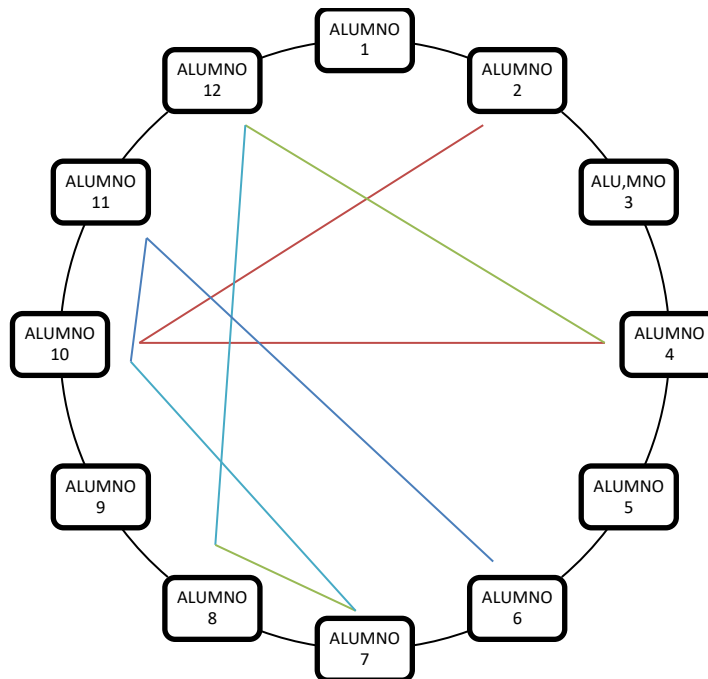
- Desde tu experiencia, ¿cómo percibes la relación padre-hijo que presenta el cuento?
- Haciendo una lectura más detallada, ¿qué dice Ignacio? Destaca las palabras que emplea. ¿Qué otras cosas sabemos de Ignacio? ¿Por medio de quién?
- ¿Qué efecto genera en ti, como lector, este diálogo?
- ¿Qué características tiene el lenguaje en este cuento, qué figuras literarias predominan?

Después se juntan en grupos de 5 o 6 alumnos y recuerdan los principios del diálogo argumentativo para participar en la discusión. Por ejemplo:

- Respetar las posturas diferentes.
- Mantener la mente abierta.
- Evitar descalificaciones.
- No interrumpir.
- Explicar los criterios usados en el análisis.
- Explicar cómo se obtuvo cada conclusión.
- Presentar evidencias.
- No gritar.
- Evaluar lo que dicen los otros y responder con fundamentos.
- Integrar ideas de otros para ampliarlas o refutarlas respetuosamente.

Para el diálogo argumentativo, se propone que presenten sus interpretaciones en una sala dispuesta en un círculo. Mientras intervienen, el profesor realiza un mapeo de la argumentación, que consiste en rastrear con líneas cada vez que un estudiante expone sus ideas, preguntas, contrapreguntas o complementa, para visualizar con claridad la dinámica de la argumentación; ello le permitirá sacar

conclusiones y retroalimentar a los alumnos de modo más preciso. El siguiente es un modelo de mapeo de argumentación:



Puede retroalimentar individualmente la reflexión por medio de una entrevista en la que destaca los aspectos mejor logrados y las debilidades, y propone sugerencias concretas para cada alumno respecto de la frecuencia y calidad de sus comentarios, a fin de que puedan mejorarlos.

También cabe sugerirles que usen fórmulas fijas para intervenir en diálogos y argumentaciones; para ello, presenta algunos ejemplos que podría escribir en un formato grande para que las apliquen en esta y otras instancias orales:

- “Hay otro ejemplo que podría...”
- “Hay evidencia que podría contradecir que...”
- “Quisiera desarrollar un poco más la idea de...”
- “Entiendo y quisiera agregar que...”
- “Eso tiene sentido, porque...”
- “Hay otro ejemplo de lo que comentó...”
- “Otra forma como se podría interpretar es...”
- “Pienso que es un poco más complejo de lo que tú dices, porque...”

A modo de cierre, pueden autoevaluarse, escribiendo una reflexión en sus cuadernos para responder a la pregunta: ¿cómo evaluo mi participación? Para ello, deben utilizar los principios del diálogo argumentativo que revisaron en plenario. Opcionalmente, pueden compartir sus reflexiones con sus compañeros.

## ORIENTACIONES AL DOCENTE

- Orquestar la lectura consiste en solicitar a los estudiantes que lean en voz alta, guiando el proceso para brindar mayor expresividad, responsabilidad y participación. El profesor interviene haciendo puentes entre un alumno y otro para dar fluidez a la lección (Maestros 2.0, Doug Lemov).
- Se sugiere la lectura de la novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Editorial RM, México-Barcelona, 2005.
- Se sugiere algunos indicadores para guiar la evaluación formativa:
  - Relacionan las obras leídas con su experiencia personal.
  - Describen el efecto estético que provocan determinados recursos lingüísticos, especialmente, con figuras retóricas en la obra literaria.
  - Explican su experiencia de lectura a partir del efecto estético que les produjo la obra y la conexión de ella con su mundo personal como lector.
  - Expresan opiniones e ideas durante el diálogo, y explican sus criterios de análisis, interpretación o razonamientos.
  - Fundamentan sus posturas o reflexiones, utilizando evidencia de las obras literarias.
  - Analizan los aportes de otros durante el diálogo para construir y ampliar sus análisis e interpretaciones literarias.
  - Evalúan qué estrategias son más útiles para construir una postura fundamentada.

## RECURSOS Y SITIOS WEB

Rulfo, Juan. *No oyes ladrar a los perros*

<https://www.curriculumnacional.cl/link/https://www.literatura.us/rulfo/perros.html>

### NO OYES LADRAR A LOS PERROS

Juan Rulfo

—TÚ QUE VAS allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja. Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco". Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía. Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Este no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal de que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!”. Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ese no puede ser mi hijo”.

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero.

Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansase en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras, irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolo de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza; allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima”. ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado. Destabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

(El llano en llamas, 1953)